

Entre el billar y la militancia:

estrategias de *afiliación* en *Los verdes años del billar*

Between billiards and militancy: strategies of *afiliación* in *Los verdes años del billar*

Vanessa Vera Chaparro¹

Universidad Científica del Sur, Lima, Perú
vanessagivera@gmail.com

RESUMEN

En este trabajo nos proponemos estudiar la novela *Los verdes años del billar* (1986), del escritor limeño Roberto Reyes Tarazona. Analizaremos la movilidad social que experimenta su protagonista: Ricardo Yáñez, en un marco de dictadura militar, a través de las categorías *filiación* y *afiliación* formuladas por Edward Said (2004). Nuestro objetivo es mostrar la transición de la ruptura de su *filiación* hacia la recomposición de un nuevo orden que lo sustente como sujeto social, así como demostrar que, en su voluntario desplazamiento social, Ricardo emplea estrategias que le permitirán ejecutar con éxito su *afiliación* a un nuevo grupo, entre ellas, el asumir un conflicto ajeno a su clase de origen: la lucha entre ser un billarista o ser un militante, y resolverlo.

PALABRAS CLAVE

Ricardo, *filiación*, *afiliación*, dictadura militar, billar, militancia política

ABSTRACT

In this work we are going to study the novel *Los verdes años del billar* (1986), written by Roberto Reyes Tarazona, an author born in Lima. We will analyze the social mobility experimented by its protagonist: Ricardo Yáñez, in a

1 Egresada de la maestría en Literatura Peruana y Latinoamericana de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos. Licenciada en Literatura por la Universidad Nacional Federico Villarreal. Ha publicado y expuesto trabajos acerca de narrativa peruana de la segunda mitad del siglo XX. Se desempeña como docente en la Facultad de Humanidades de la Universidad Federico Villarreal y en Cursos Básicos Humanidades de la Universidad Científica del Sur.

context of military dictatorship, through the categories *filiation* and *affiliation* proposed by Edward Said (2004). Our objective is to show the transition of the rupture of this *filiation* towards the recomposition of a new order that supports it as a social subject, as well as to demonstrate that on his voluntary social displacement, Ricardo uses strategies that will allow him to execute with success his *affiliation* to a new group, such as assuming a conflict that is foreign to his class of origin: the dispute between being a billiards player or being a militant, and solving it.

KEY WORDS

Ricardo, *filiation*, *affiliation*, military dictatorship, pool, politic militancy

1. Introducción

En 1986 se publicó una novela cuyo título remite a un juego de tacos, troneras y bolas de marfil: *Los verdes años del billar* —VAB en adelante—. Firma como su autor Roberto Reyes Tarazona (Lima, 1947), integrante del que fuera el grupo Narración, uno de los colectivos más importantes de la literatura peruana.

Pero no por su título créase que es únicamente una novela sobre el billar, es mucho más: se trata de una orquestación de las perennes cavilaciones que ocupan la mente de un joven llamado Ricardo, quien recorre su pasado con el afán de resolver las dudas que atosigan su existencia; en su camino, además del billar, persiste también la idea de un compromiso político. La opción lúdica y la militancia representarán la disyuntiva que el protagonista debe resolver; dilema que tiene su origen en el tipo de relación que sostiene con su familia y otras instituciones, encargadas de formarlo conforme a los principios que las sostienen. El desacuerdo con las creencias de su clase de origen será el motivo de su contacto con otros grupos, opuestos a la lógica del grupo pequeñoburgués del que proviene.

Es tal la complejidad del protagonista de VAB que en el presente artículo le dedicaremos a él toda nuestra atención. Analizaremos al héroe de la novela y en función de él articularemos las circunstancias que involucran su historia, así como los actores que influyen en su relación con su clase de origen. En este sentido, nuestro trabajo trata únicamente acerca del héroe de una novela, al cual entendemos no como un resultado o un ser concluido, sino en transcurso e inacabado. En este sentido, nuestra intención es captar el recorrido de su conciencia crítica, en el marco de una dictadura militar, en el que se pone en juego su pertenencia a cierto grupo y su reafirmación como sujeto social.

2. Algunas miradas críticas

En el campo de la ficción, Ricardo funciona como un agente representativo de su contexto sociohistórico: la dictadura militar, y proporciona a los lectores su perspectiva de ese referente. En relación con esta idea, Miguel Ángel Huamán (1987) ha puesto a Ricardo al lado de Alberto y Santiago Zavala (Vargas Llosa), Ernesto y Rendón Willka (José María Arguedas), y Julius (Alfredo Bryce Echenique). La razón se halla en que el personaje configurado por Roberto Reyes Tarazona, al igual que los otros mencionados, son agentes catalizadores de una realidad convulsiva. De manera que para Huamán, Ricardo condensa la disyuntiva frente a la cual se hallaban los jóvenes de la década del setenta: la militancia (compromiso político) o la evasión. Según el crítico, a través de Ricardo se estructura el sentido arquetípico de VAB, destinado a propiciar «la comprensión del proceso histórico-social del Perú de la década anterior» (Huamán, 1987, p. 252).

Veamos a qué se refiere Huamán con la referida afirmación. Ricardo puede elegir entre dos opciones: la militancia revolucionaria o la evasión de la realidad, encrucijada que ejemplifica:

La dinámica que caracterizó esos años: la lucha entre la opción revolucionaria militante, con mucho de mesianismo y sectarismo, y la acelerada crisis de la vida cotidiana, en sus rasgos tradicionales afectada por la insatisfacción que anhela participar de experiencias propias en lo erótico, lo individual y lo lúdico (Huamán, 1987, p. 252).

Esta perspectiva coincide con Eduardo Arroyo (1986), quien considera que la novela de Reyes Tarazona «expresa los conflictos de un sector de la juventud limeña que alrededor de los 70 es puesta en ese disparadero [...], una generación que en tal ambiente de tormentas sociales luchaba por enrolarse en la causa revolucionaria o perderse en cálidas evasiones» (p. 111).

En principio, puede resultar un acto de violencia simbólica resumir la década histórica de una sociedad en una antinomia. Sin embargo, como señala Goldmann (1971), toda obra, por su naturaleza social, expresa de modo reorganizado las conductas, los pensamientos y las afectividades de una sociedad. Esta reestructuración posee un carácter opuesto a la realidad, pues esta carece del orden que la obra artística les otorga una vez que las refiere en su lógica ficcional. En este sentido, VAB es una muestra a través de la cual el proceso de maduración de un personaje se condice con el proceso social que enmarca su desarrollo.

3. La búsqueda del héroe

La novela inicia con la incorporación de Ricardo a lo que podríamos llamar, con justa razón, una nueva vida, pues este se muda a una pensión en

el centro de Lima, un vetusto edificio cercano a la ya concurrida avenida Abancay, con el objetivo de separarse de las costumbres de su familia, del *modus vivendi* de una clase social con la que no cree tener ningún punto en común.

La peculiaridad de la intriga de VAB está en la ausencia de la linealidad; pues aunque Ricardo se presente como un joven de 20 años, en los tres días no solo transitará entre el mirafloresno hogar materno, la colosal casona de su tía Queta y los barrios de la céntrica Lima; sino que veremos también, a través de sus recuerdos, su infancia y adolescencia en el colegio parroquial al que asistió, en él seremos testigos de la gradualmente difícil interacción con los sacerdotes apodados Sapito, Pellejo y el Loco; experiencias familiares con su padre, su madre y su hermano Pancho; sus vacaciones en la casa de su tía Queta, herencia familiar en donde conoce a Maese Diego, un español que participó en la guerra civil española.

En su adolescencia, como parte de su contacto con un nuevo espacio, conoce al Gato, maestro en el taco; es en este pequeño espacio de la gran Lima donde conoce la lógica de la collera y la ley del barrio. Más tarde, en un cambio de dirección, Ricardo conoce al Profe, un joven que además de dedicarse a la enseñanza en colegios estatales, dirige un movimiento social y participa en un partido político. El Profe le muestra a Ricardo la otra cara del mundo que está frecuentando, donde existen agentes que sobrepasan la lógica escapista del billar, grupos de personas que, asumiendo un rol dentro de la sociedad, han decidido iniciar las protestas contra la dictadura militar que gobierna el país.

El argumento de la VAB puede dividirse en dos grandes bloques separados por un periodo de tres o cuatro años —el narrador no precisa en este dato—; lo cual no debemos perder de vista, porque en dicho lapso, según las marcas evidenciadas por Ricardo, este se ha dedicado por entero a la célula de estudios liderada por el Profe. Antes de esto, frecuentaba de modo alterno el colegio y el taco del Maleño. Las acciones que vienen después son los tres días, marco temporal de la novela donde concurren todos los tiempos, espacios e imágenes.

En el recorrido del protagonista que aquí estudiamos se verá la intervención de personajes que funcionan como fuerza de impulso hacia una empresa mayor que él debe realizar. Ellos son Maese Diego, el Gato y el Profe, quienes influyen en el desarrollo del Ricardo.

No obstante, no todos los personajes que acompañan a Ricardo deseen posibilitar el éxito de su búsqueda; también están quienes desean impedir su transformación, el paso de un estado a otro que es generado por la llegada del conocimiento ansiado: la familia y los sacerdotes del colegio donde Ricardo estudia. Ellos están interesados en mantener

y preservar a un joven sin capacidad crítica, conformado con las máximas que dictamina su origen social.

3.1. La transformación del héroe

Con una asombrosa sensibilidad de todo lo que sucede a su alrededor: conversaciones, avisos publicitarios, gestos, movimientos de las personas, lugares recorridos, etc., Ricardo lleva a cabo un proyecto personal en un espacio ajeno al suyo, por lo que denota cambios incesantes y titubeos ideológicos.

Lo denominan y se autodenomina un *pequeñoburgués*, estrato que dentro del sistema de clases socioeconómicas corresponde a la clase media. Esto podemos verlo en un diálogo sostenido entre Ricardo y el Profe: «¿A quién le interesa la opinión de un infantil pequeño burguesito? [...] ¿Qué nos habiéramos hecho en las filas del partido con un burguesito comodón?» (p. 170). Como tal, Ricardo manifiesta inestabilidad en su formación ideológica: así como en términos de clase se encuentra en el medio —no es un burgués ni tampoco forma parte de la clase popular—, del mismo modo su personalidad es víctima de un constante movimiento que evidencia la carencia y la necesidad de pertenencia a una colectividad.

Ricardo está entre el universo ideológico proporcionado por su origen y el nuevo espacio al que acude. Con su actitud sospechosa que mantiene en toda circunstancia, intuye que su vida familiar no es del todo armónica y decide averiguar la existencia de otros modos de pensar. Así, encuentra en los tacos de los barrios del Cercado de Lima el modo de huir de su situación; este puede ser considerado el primer mundo con el que Ricardo orquesta sus primeras inquietudes y evidencia el forjamiento de un pensamiento propio, no el proveniente de la tradición familiar y educativa.

Ricardo se refiere al billar como el lugar donde sus primeras turbaciones de adolescente encuentran eco:

Estaba pues al acecho del más mínimo pretexto para faltar al colegio y arrancar otra vez en dirección al taco, abstraído de todo, casi corriendo. Aprisa, aprisa, al abrigo; lejos, lo más lejos posible del cerco odioso que recortaba mis energías, mis inquietudes (p. 10).

Ricardo anhela la independización, lograr apartarse de los deberes impuestos por su sociedad originaria, con lo que vamos, en una primera instancia, dando forma a la finalidad que enviste su búsqueda.

Pero la situación de Ricardo aumenta su grado de dificultad cuando aparece una siguiente opción: la militancia. Esto produce una nueva variación del objetivo deseado. Notamos que Ricardo deja que su búsqueda se oriente a partir de la aparición del Profe; desde este instante de su vida,

su pensamiento asumirá una postura política —desconocida para él hasta ese momento— en el marco de los conflictos vividos en la realidad que lo rodea. El objeto de Ricardo está ahora deslindado de la carga lúdica:

Y es que ya no era el muchacho dispuesto solo a pasarla a todo dar, sin importarle nada de nada, y si daba este paso era justamente porque ya no era como antes; me había transformado completamente: ya no creía en la libertad por la libertad (p. 10).

Su nueva formación está condicionada por la asistencia al círculo de estudios, donde realiza lecturas marxistas para compartirlas con estudiantes y profesores, participa en huelgas y hechos de militancia política, realiza pintas de protesta social. En su gran mayoría, estos son dados a conocer a través de lo que Genette ha traducido de la lengua inglesa como relatos sumarios, pues la pertenencia a este grupo no se expresa en cuadros extensos, la narración que hace el actor principal de ellas es sintetizada. Con esta misma técnica, Ricardo resalta sus cuatro años como militante, de tal modo que nosotros lo interpretamos como una etapa de consolidación, no solo por la amplitud del lapso, sino por la visión con la que ahora Ricardo reinterpreta los sucesos de su pasado.

Producto de este cambio en Ricardo, varía también su *objeto* de búsqueda. En esta instancia, motivado el sujeto por su formación política, su *objeto* es ajustar su estilo de vida a sus aspiraciones sociales. Vamos comprobando de esta manera la evolución del protagonista en correspondencia con el *objeto* que busca.

No obstante, VAB no trata estas tendencias en la vida de Ricardo de manera independiente; al contrario, y esta es en realidad la temática principal de la novela, el gran problema de Ricardo consistirá en el momento en que los *objetos* que ya hemos indicado se encuentren para confundir su orientación. Esto produce la cancelación de la forma delimitada del *objeto*, expresado ahora en un dilema que se hará presente en la juventud de Ricardo: escoger entre el billar o la militancia política, sumado esto a su temperamento y a sus propias ideas.

Lo que sucede con Ricardo es que al tratar de entregar su completa dedicación al grupo político que integra, se encuentra nuevamente en contacto con el billar; esta confluencia ocasiona una serie de dudas en Ricardo, y despierta interrogantes que solo puede responder acudiendo a su pasado.

Cuando se produjo la clausura del local vi esta circunstancia como un aviso o un golpe de suerte —única y exclusivamente para mí, por supuesto, y para los fines de mi decisión de cambiar de rumbo—, sin sospechar que no es tan sencillo librarse de la tenaz comezón del juego, de ese colorido y cosquilleante bicho que es el billar (pp. 29–30).

El recorrido del actor empieza con su rechazo a los significantes propios de su clase social de origen; luego vira hacia el confort lúdico proporcionado por el billar, donde paradójicamente su pensamiento adquiere una línea al conocer los ideales transmitidos por el Profe. Sin embargo, lo que parecía ser un tranquilo desarrollo del actor se convierte en una caótica indefinición, lo que genera que Ricardo se introduzca en una imparable búsqueda de respuestas que fundamenten una posible orientación nueva.

Tanto el billar como la militancia, más que definir a Ricardo, provocan con su encuentro una disyunción que pone de manifiesto una carencia, acallada ocasionalmente por una o por otra opción, pero que al ser identificada se hace urgente resolver. Ricardo le da la forma de un gran vacío, el cual no puede ser compensado con ningún ente exterior; queda comprobado que ni el billar (primer refugio al que acude Ricardo) ni la función política están en la capacidad de significar el fin de la búsqueda del *sujeto*, sino que solamente con el conocimiento que de sí mismo alcance podrá definir su orientación respecto a estas dos opciones. Es decir, para que el *sujeto* conozca lo que busca es necesario el conocimiento acerca de sí mismo; entonces, al poseer Ricardo una personalidad con alto grado de indefinición, tendrá primero que resolver sus interrogantes.

3.2. Ricardo: ¿el revolucionario o el billarista?

El contacto con una nueva esfera social solicita de Ricardo la adopción de un rol activo dentro de sus límites, de acuerdo con sus principios y sistema de valores. Sabemos que Ricardo participa dentro de un grupo de tendencia marxista que defiende la organización política del pueblo; ha participado en él por más de cuatro años y está a punto de ingresar oficialmente al Partido como militante.

Desde el momento en que Ricardo acepta ingresar al grupo de estudios del Profe, acepta también sus pautas, el programa de lecturas, participar en las protestas como las huelgas, entre otros modos de llevar a la acción el pensamiento revolucionario. Sin embargo, se presenta un profundo quiebre entre la figura revolucionaria que el Profe le exige encarnar a Ricardo y la particular personalidad de este.

Él es consciente de las normas que debe ejecutar para responder coherentemente a las situaciones que vivirá como parte de esta colectividad y, de este modo, encajar en ella o, por lo menos, disminuir los problemas de pertenencia. Por ejemplo, vemos esta preocupación cuando da cuenta de las razones que lo empujaron a abandonar su hogar: «Para prepararme ideológica y políticamente mejor, para documentarme y sentirme en menor desventaja cuando se producía un debate y se esperaba la participación y el aporte de todos los presentes» (Reyes Tarazona, 1986,

p. 30). Él manifiesta el deseo de estar capacitado para integrar sin mayores problemas el grupo del Profe. Evidentemente, intuye una desventaja en relación con los otros integrantes; en su interés por desaparecerla; nosotros identificamos una necesidad de legitimar los lazos entre él y el grupo, de justificar su pertenencia a él.

El problema es que junto a este interés se encuentra su individualidad, queriendo siempre prevalecer sobre el interés social. En este sentido, el Profe es el lado opuesto de Ricardo; mientras aquel se reconoce en la causa y por la causa de la revolución, este encuentra otros problemas de naturaleza personal que resolver.

El conflicto entre el Profe y Ricardo consiste, entonces, en que, por un lado, se aboga a favor del anonimato en aras de asumir cabalmente un compromiso con las masas —por encima de todo se halla la causa común del pueblo—, y, por el otro, hay una resistencia a abandonar los deseos individuales. Para ejemplificarlo, basta recordar la discusión que ambos actores sostienen:

[Ricardo:] Te diré que tú si [*sic*] actúas como un cura, con tu santurronería, tus reglas de pureza y obediencia. ¿Cuándo te has tirado un polvo por última vez? Y no te casas porque tienes que entregarte al Partido, como los curas a Dios. Y yo no quiero ser así. ¡No voy a ser así!

[...]

[Profe:] De repente soy un cura para ti; no me interesa. ¿A quién le interesa la opinión de un infantil pequeño burguesito? Yo tengo un compromiso con las masas, con mis bases; solo ellas me juzgarán, si es que creen necesario juzgarme (p. 170).

Precisamente, Dieter Schiller (1977), en un estudio de la literatura socialista, ha dado cuenta de la problemática originada entre la vida privada y la vida pública del revolucionario. Sabemos que no estamos ante una novela que pueda inscribirse en la tradición socialista de la literatura; pero las ideas de Schiller nos ayudan a entender la naturaleza del problema: «El surgimiento de la conciencia de clase aparece como algo identificado con el desarrollo de una autoconciencia» (Schiller, 1977, p. 125). Para poseer conciencia de clase se requiere, por consiguiente, pasar por un proceso de «autoconciencia»; para la literatura socialista esta equivale a una «dialéctica del interés social y del individual entendida como algo práctico y realizada en la actuación» (p. 123). Es decir, esta pretendida individualidad en absoluto se refiere a una connotación aislada o una situación ensimismada del hombre; tiene, por el contrario, una tendencia a la generalización o a la colectividad; lo que nos lleva a preguntarnos, aunque suene monótono, dónde radica la individualidad de este interés individual: paradójicamente en la colectividad. Esta «armoniosa relación» se logra cuando

cada hombre se ocupa de otorgar a sus deseos y necesidades un valor elevado, es decir, servir a la revolución:

La ineludible necesidad de configurar planificada y conscientemente la sociedad socialista avanzada no solo ofrece la oportunidad de desarrollar la productividad individual dentro del colectivo socialista, sino que además esta oportunidad aparece al mismo tiempo como una exigencia ética, como un deber moral. Estar dispuesto a la realización de este deber constituye el nervio central de una conducta revolucionaria (Schiller, 1977, p. 147).

Este referente nos facilita la distinción de dos posturas: la primera corresponde al Profe; en su conducta observamos una línea ortodoxa que llega al extremismo de sacrificar su vida privada, sin importarle que su integridad se diluya en la masa; se niega a sí mismo la opción del placer, sus objetivos son los del Partido, sus intereses no tienen ningún atisbo de individualidad y, de modo épico, pretende cambiar el mundo. Esta actitud es seguida también por los cuadros de su círculo de estudios; es decir, el Profe y sus discípulos representan con sus acciones un ideal de conducta, difícil de seguir para Ricardo:

Podía apostar que si lo buscara para una confrontación, a la luz de mi reciente aprendizaje, él diría que sus palabras habían sido ciertas en un sentido general que **se remontaba por encima de las instancias particulares que yo señalaba**, o que estuvieron destinadas **a un fin más importante que el simplemente anecdótico** (Reyes Tarazona, 1986, p. 175). (El resaltado es nuestro).

Al otro lado de la orilla, Ricardo se resiste a seguir los esquemas del Profe. Acentúan esta diferencia su cortejo a una muchacha llamada Lita, a la que conoce en una librería; al ser ella el único testigo del robo de un libro que Ricardo realiza, este la sigue hasta obtener una cita que terminará en un encuentro amoroso frustrado por los temores de Lita. Está también, como ya se ha anunciado, el profundo atractivo que le genera el billar, al punto de regresar a él a pesar de los años entregados por completo a la participación en el grupo del Profe.

Las ideas pregonadas por los integrantes del grupo de estudios abren profundas grietas con respecto al pensamiento de Ricardo. Por ejemplo, la repetida presencia del recurso narrativo llamado analepsis en VAB indica la constante presencia del pasado. Esto revela la gran importancia que para la configuración de Ricardo tienen los recuerdos, mostrados en el presente como fundamentos y explicaciones a grandes interrogantes. Solo con ellas, Ricardo alcanzará su ansiada estabilidad y el porqué de su personalidad alejada del lugar de origen que le corresponde por *filiación*:

[Ricardo:] Y aun ahora, a pesar de que mis experiencias de estos dos días apuntaban a lo contrario y se me revelaba que yo estaba en lo justo en mis tímidas dudas de entonces, hubiera sido inútil decirle que recordar el pasado, revivirlo, no siempre es un peso muerto o una evasión y, por el contrario, puede ser un agujijón para continuar luchando, o una pesadilla de la que es necesario librarse (p. 175).

Sin embargo, este mismo pasado es para el grupo de estudios un obstáculo, un engaño que encierra en una burbuja al hombre sin permitirle analizar su situación en las relaciones sociales y económicas:

[Gabriel, integrante del grupo de estudios del Profe:] el recuerdo, la nostalgia, son reaccionarios porque siempre aparecen fijos, estáticos; la realidad presente en cambio es movimiento, flujo permanente que arrolla a los que se quedan dormidos, a los que se pajea viviendo el pasado [...]. Uno debe fijarse metas concretas, tangibles; hay que avanzar y avanzar, combatir en todo momento y en todos los frentes a los enemigos del progreso social, a los reaccionarios, a los retrógrados, a los explotadores que desean mantener el orden injusto y anacrónico (p. 174).

Por otro lado, el billar ejerce una atracción profunda sobre Ricardo, le atraen sus tácticas, las bromas de la collera, el azar del juego; el Gato es la personificación de este mundo donde afloran los deseos del ser humano. No es coincidencia que Ricardo vea en la amante del dueño del taco una provocación sexual, muestra de los deseos individuales.

Este juego es la otra cara de la potencial realidad de Ricardo, accede a él antes que a la militancia política; su interés en el billar es el que termina siendo la razón de una fuerte discusión que sostiene con el Profe, la cual desemboca en su alejamiento, no es claro en realidad ni definitivo, de la célula de estudios.

Ricardo oscilará entre la militancia política o la evasión que le ofrece el billar, sin saber cómo ordenarlos y distribuirlos en su vida. Cuando Ricardo se anima a compartir con los asiduos asistentes del taco su postura ideológica, se encuentra con una total indiferencia; esto le provoca un desconcierto que se reafirmará cuando, camino a presenciar el duelo, escucha las frases despectivas de sus acompañantes respecto a los huelguistas. Ricardo comprende en ese instante que los problemas originados en el régimen que regula la sociedad son en parte producidos por cada uno de ellos, por su negación a solidarizarse con los movimientos desatados en contra del Gobierno y las clases económicas dominantes.

Veamos el escenario opuesto: uno de los actores se sube en una silla para captar la atención de los oyentes, similar a lo que hizo Ricardo para hablarles de los problemas del pueblo y la importancia de apoyar sus

protestas; pero este lo hace a fin de solicitar colaboraciones económicas y recaudar así el monto destinado a lo que debe apostar el Gato en su duelo con el Capazote. En contraste a la respuesta que Ricardo obtiene en la escena a la que nos hemos referido en el párrafo anterior, el llamado recibe una exitosa acogida. Esta es la oposición entre dos grupos que marcan el desarrollo de Ricardo, uno totalmente desinteresado de los problemas sociales originados por la dictadura y el otro comprometido con ellos.

El billar también desata una tensión que el protagonista debe resolver si desea continuar con normalidad su desarrollo. El apego de Ricardo hacia el billar, al igual que su proclividad a luchar a favor de las masas y comprender las problemáticas de la sociedad —«Y eso que gracias al Profe y al medio en que me introdujo yo había aprendido tanto como nunca antes. [...] recién veía descarnadamente la explotación, el enriquecimiento de los de arriba a costa del pueblo, sus recursos para perpetuarse en el poder» (pp. 166–167)—, pueden interpretarse, pues, como la encarnación —además del claro enfrentamiento entre la evasión y el compromiso señalado por Eduardo Arroyo (1986) y Miguel Ángel Huamán (1987)— de la dificultad de armonizar vida privada y vida social; porque los deseos y necesidades individuales serán siempre difíciles de reprimir, por lo que resulta ser un mito, si es que no una actitud hipócrita, la total represión de dichos impulsos —sensaciones y estados propios de la naturaleza humana— en el revolucionario.

Este será para Ricardo un dilema de cara resolución, la cual solo podrá apreciarse hacia el final de la novela.

Con lo visto hasta ahora, queda claro el alejamiento de Ricardo de la figura ideal de revolucionario que el Profe y su círculo le exigen; pero no se descarta que, a su modo, y condicionado por el contexto, Ricardo logre esa armonía entre sus intereses individuales y la totalidad social, sin significar esto la invasiva penetración de la vida revolucionara en toda su esfera vital.

Mittenzwei (1977) señala que «la energía y determinación» (p. 34) son propias de la representación del revolucionario en la literatura socialista tradicional y contemporánea. Estos caracteres no se presentan con claridad en Ricardo; su personalidad en constante formación y, por ello, inestable, está plagada de dudas, y atraviesa un periodo crítico cuando, pasados los cuatro años de ininterrumpida militancia, justo después de su huida de casa, Ricardo empieza a experimentar un alejamiento de las consignas dictadas por el Profe. Por esta razón, lo veremos reflexionando en innumerables momentos sobre el vínculo con la célula de estudios:

Pero ahora, domingo por la noche, las ataduras se iban aflojando, puesto que en las últimas 48 horas había empezado a abrirme en un círculo que abarcaban [sic] cada vez mayores espacios temporales. ¿Por las circunstancias? ¿Por qué en el fondo yo no era tal como había creído hasta entonces y habían bastado unos cuantos hechos para que afloraran mis verdaderas inclinaciones? No lo sabía aún (p. 151).

No estamos, por ende, ante una figura segura de integrar un grupo revolucionario; Ricardo adolece aún de la inseguridad pequeñoburguesa, agravada con su desplazamiento hacia una nueva esfera social. Con esto queremos demostrar, una vez más, la dificultad del proceso de *afiliación*, cabalmente representado en VAB. No es una mera traslación la que vive Ricardo, se ponen a prueba sus intenciones de *afiliación* y con ello la puesta en duda de si es o no realmente posible que Ricardo llegue a establecerse en el mundo al que desea pertenecer.

A pesar de lo dicho hasta ahora, que puede resumirse en la conducta titubeante de Ricardo —y reafirmandonos al mismo tiempo en que no alcanza a asumir el modelo de revolucionario que la célula del Profe ostenta—, no descartamos algunos elementos como el compromiso social, la conciencia de clase, disponibilidad hacia acciones de protesta contra el grupo de poder; en suma, un rol preponderante en los conflictos sociales que contradice la evasión, el desinterés o el reforzamiento del statu quo. Todos estos son indicadores que no están presentes en los pequeñoburgueses representados en VAB, solo en Ricardo.

Por otro lado, no es posible negar el desligamiento del protagonista de VAB respecto a su clase de origen, ya que son evidentes las diferencias ideológicas entre esta y Ricardo —lo que hasta ahora parece difícil reconocer es más bien el establecimiento de la *afiliación*—. Visto así el asunto, nos parece apropiado afirmar que Ricardo inicia su propia práctica, no necesariamente revolucionaria, desde que critica su lugar de procedencia para decidir que no está de acuerdo con sus principios —lucha conscientemente contra la *filiación*— y encontrar en otro espacio con una lógica diferente la opción de afiliarse a un orden con el que se identifique.

Ricardo no es un revolucionario ortodoxo, si cabe el término; pretende asumir la causa del pueblo de un modo particular, ajustado a su temperamento y sin abandonar sus propios intereses; pues, a pesar de su carácter indeterminado, nunca claudica en su compromiso con la lucha del pueblo.

En resumen, Ricardo no posee las cualidades de un ortodoxo revolucionario socialista; él no sacrifica su vida individual en pos de la revolución.

Schiller (1977) sostiene respecto de este dilema que este antagonismo ha sido resuelto. Nótese el artificio usado:

La participación consciente en el proceso de remodelación de la sociedad se convierte en una necesidad individual que produce satisfacción e incluso placer y que al mismo tiempo estimula una nueva estructura de necesidades y una capacidad más amplia de placer. Este es un aspecto esencial del desenvolvimiento de la productividad individual (p. 147).

Quiere decir que esta llamada productividad de la individualidad es la que hace que toda manifestación de individualidad sea a favor de la revolución es imprescindible darle un valor siempre práctico y de aspiraciones mayores. Pero Ricardo se rehúsa a perder su integridad y a colectivizar su «estructura de necesidades» hasta que dejen de ser suyas, no considera que sea imposible actuar de acuerdo con un compromiso con la historia y la sociedad si se mantiene la vida privada. Significa que para él no tiene por qué existir un enfrentamiento entre la esfera individual y la lucha social sin que pueda lograrse una comunión entre ambos.

Hasta aquí quedan señaladas las formas en que el protagonista de VAB se aleja del modelo revolucionario; no para negarlo, enfatizamos en esto, sino para darnos a entender la urgencia de reconocer las características irrepetibles del contexto en que vive, y de valorar sus propias vivencias, capacidades e intereses —la intuición, por ejemplo— que no tienen por qué ser considerados distorsionadores de su realidad ni distractores de su proclividad hacia la clase en lucha.

Asimismo, si bien la actitud de Ricardo es la consecuencia de una realidad exterior, en mayor proporción es su personalidad la que lo incita a adoptar una postura política relativa al contexto histórico, ya sabemos cuál: luchar junto a la clase baja y manifestarse en contra del poder dominante representado por la Iglesia, el Gobierno militar, la familia, la escuela, etc.

El dejar a su familia y las comodidades de su casa, además de ser actos que involucran asumir un nuevo estilo de vida, nos muestran la base ética de la actuación de Ricardo; porque manifestar su inconformidad con el sistema pequeñoburgués no es suficiente, se requiere un ajuste entre esta máxima y sus acciones; así, huir de la casa paterna y vivir las dificultades y carencias del pueblo son hechos que ennoblecen la actitud del protagonista de VAB. Si Ricardo se alía con la lucha de los sectores menos favorecidos de la sociedad, era lógico que, además de compartir sus intereses sociales, inicie la convivencia y con esto profundice la coincidencia con la perspectiva desde donde todos ellos observan el funcionamiento del sistema de clases.

Ahondemos en la postura política de Ricardo. La línea ideológica marxista del círculo de estudios es fácil de definir de acuerdo con las menciones que Ricardo hace de sus lecturas: «18 Brumario» (p. 39), «El Manifiesto»

(p. 61), por ejemplo, y por el objetivo que tiene, «la Revolución, la verdadera Revolución» (p. 150); apoyan las huelgas del magisterio y promueven la actividad de los sindicatos. De ahí que las categorías mentales con las que el actor que analizamos juzga su entorno demuestren que es plenamente consciente del conflicto de clases y, por eso, asume una posición en contra del poder, personificado en VAB por «el Gobierno»; sus mecanismos de dominio están muy bien disfrazados por un mensaje paternalista y pseudo-revolucionario según las seguras y estudiadas apreciaciones de Ricardo. En el espacio que frecuenta Ricardo existen quienes han sido asimilados por las políticas del Gobierno, pero Ricardo hace frente a ellas, expresando su propia interpretación de la realidad; así lo veremos cuando defiende su postura frente a un joven que está a favor del discurso oficial. Esto pone en evidencia que Ricardo no se une a un grupo homogéneo: dentro de él existen diferentes posiciones; pero tienen en común la pertenencia a los sectores menos favorecidos de la sociedad limeña.

La posición ideológica no está determinada solamente por la clase social, por el hecho de que un grupo humano conforme un sector económico bien definido en la distribución clasista. Esto no quiere decir que todos ellos piensen con las mismas categorías mentales; dentro de ella existen otros factores que dan como resultado una variada multiplicidad de pensamientos. Esto lo configura bien la novela estudiada aquí, porque va más allá de la representación de dos clases opuestas, y al configurar la clase popular hace evidente su heterogeneidad. En el mismo Ricardo se conjugan marcadamente dos posiciones (billar y militancia) de la gran variedad que puede percibirse a través de los personajes que conforman la historia de esta novela.

Volviendo a Ricardo y su célula de estudios, debemos notar que esta se halla en contra precisamente de lo que aquel conoce bien: la Iglesia y las intenciones de la burguesía. Por ello, el problema para él es más personal, aunque el grupo le exija mantener el carácter colectivo de sus intereses; esto se explica porque ha vivido de cerca esas situaciones de las que todos los integrantes hablan y critican pero conocen solo por teoría.

En la duda de Ricardo sobre la lucha que lleva a cabo se conjugan este tipo de problemas: el sacrificio del Profe por la causa del pueblo, los conocimientos teóricos y no prácticos de la clase a la que se oponen, el que tenga que olvidar su pasado personal, la posibilidad de entenderse y de ese modo saber lo que en realidad pretende obtener. A esto se suma el billar, él regresa a un nuevo taco, ya no al del Maleño porque hace tiempo que había sido clausurado, ahora a uno diferente y con la novedad de que el Gato y el Capazote se enfrentarán en duelo; esto despierta en Ricardo el afán por ser parte de las leyendas urbanas. Movidio por este interés,

dedicado a pretender a una muchacha y abocado más que nunca a reunir los pasajes de su pasada vida para resolver sus interrogantes, Ricardo olvida las tareas que el Profe le había asignado; cuando se reúnen la discusión es tal que Ricardo termina por creerse un reaccionario:

¿Y yo? ¿Un reaccionario? ¿Convertido en todo lo contrario a lo que busqué durante los últimos años? Años de avanzar penosamente, o creer avanzar, hacia una meta trascendente para que de pronto, ¡zas!, me encuentre fuera de todo, en el aire. Aunque al fin y al cabo todavía tengo posibilidades de volver a la danza (p. 188).

Pero una de las conclusiones a las que llega, luego de experimentar numerosas contradicciones, es que la militancia y el billar no son incompatibles, tal como lo revela en su conversación con el Profe:

Lo que quiero decir es que no sé bien qué pasó. Yo estoy de acuerdo con todo esto de la militancia, el trabajo de masas, la lucha contra el gobierno. No se trata de nada nuevo en todo esto: no he cambiado ni me chupo; pero hay algo que he estado comprendiendo; no sé bien cómo decirlo; algo como que también es importante y a mí me interesa. Por lo menos me atrae [el billar], aunque antes yo creía que era incompatible con la militancia. Pero ahora... no sé (p. 169).

Esta conclusión surge en el ambiente del billar, en donde al observar la vida totalmente lúdica de los asistentes al taco, cuyas dimensiones excluyen la menor orientación hacia los problemas sociales que como clase popular les son propios, pero que ignoran —lo conocen pero no lo toman en cuenta— y no pretenden comprender.

Todas estas experiencias que rodean la *afiliación* de Ricardo ocasionarán que el problema adquiera otro cariz: su clase de origen ya no es más un persistente recuerdo que lo invita a regresar a sus confines, representa ahora con mayor fuerza todo lo que Ricardo no desea ser, en oposición a ella se presenta ya no la posibilidad sino el hecho de haber adquirido su propia perspectiva de la realidad, de hacer válida una interpretación propia de su vida, comulgando —la estricta armonía no es definitivamente un requisito para que un individuo se integre a un grupo social, pues siempre mantendrá una línea de pensamiento que podrá o no podrá ser compatible con la mayoría— con un nuevo colectivo que lo acepta dentro de sus filas. Esto demuestra que Ricardo lleva a cabo de manera exitosa su *afiliación*; para él ya no es más una opción su antigua *filiación* porque, según observamos, él mismo ha atacado las bases que las sostienen y no tiene ya más valor —arrebata ya su capacidad de consolidar al sujeto Ricardo— que el de reforzar su nuevo vínculo con la sociedad.

VAB es, en conclusión, una novela que trabaja con mucha precisión los procesos formativos de la conciencia de su protagonista Ricardo. No parte de una visión ya dada o de una personalidad acabada, sino de las múltiples aristas de la formación de un sujeto social. Al mostrar la conciencia de Ricardo, logra sintetizar la inestabilidad de la relación entre el sujeto y los grupos sociales, específicamente entre él y su lugar de origen. La *afiliación* de Ricardo, imposible desde la perspectiva de que la ideología es una ley que se interioriza de manera incuestionable, logra establecer una distancia crítica de su lugar de origen y generar un nuevo vínculo que avale su permanencia en la realidad desde los mecanismos que él elige.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Althusser, L. (1975). *Escritos*. Barcelona: Editorial LAIA.
- Arroyo, E. (1986). Los verdes años del billar. *Los caminos del laberinto*, (3), 135–138.
- Castro, M. (s/f). *La novela peruana y la evolución social*. Lima: José Godard Editor.
- Contreras, C. y Cueto, M. (2000). *Historia del Perú contemporáneo*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.
- Eagleton, T. (1997). *Ideología. Una introducción*. Barcelona: Paidós.
- Greimas, A. (1971). *Semántica estructural. Investigación metodológica*. Madrid: Gredos.
- _____ (1993). *La semiótica del texto: ejercicios prácticos. Análisis de un cuento de Maupassant*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Huamán, M. Á. (primer semestre de 1987). Los verdes años del billar. *Revista de crítica literaria latinoamericana*, (13), 251–253.
- Lancha, C. (diciembre, 1986). Roberto Reyes Tarazona. Los verdes años del billar. En *Violencia, marginalidad y perspectiva histórica en la narrativa peruana (1975–1986)* (pp. 207–209). Grenoble, Francia: Études ibériques et ibéro-américaines, C.E.R.P.A.
- Mittenzwei, W. (1977). La figura del revolucionario en la literatura socialista. En W. Mittenzwei y R. Weisbach (Eds.), *Revolución y literatura (relaciones entre tradición, revolución y literatura)* (pp. 11–40). Madrid: Akal Editor.
- Poulantzas, N. (1978). *Las clases sociales en América Latina*. En R. Benítez Zenteno (Coord.), *Las clases sociales en América Latina* (pp. 96–126). México D. F.: Siglo Veintiuno Editores.
- _____ (1978). Las clases sociales (párrafos corregidos). En R. Benítez Zenteno (Coord.), *Las clases sociales en América Latina* (pp. 154–158). México D. F.: Siglo Veintiuno Editores.
- Reyes Tarazona, R. (1986). *Los verdes años del billar*. Lima: Amaru Editores.
- Schiller, D. (1977). Vida cotidiana e historia. (En torno a la configuración del comportamiento revolucionario en nuestra literatura). En W. Mittenzwei y R. Weisbach (Eds.), *Revolución y literatura. (Relaciones entre tradición, revolución y literatura)* (pp. 123–185). Madrid: Akal Editor.

Recibido: febrero de 2015

Aceptado: marzo de 2015